

# UN CANTO DE SIRENA

Casi un semestre ha transcurrido desde la concesión del Premio "José María Arguedas", que auspicia la Compañía Goodyear del Perú, al libro *Canto de Sirena* de Gregorio Martínez. Los meses han tenido que abrir paso a la distancia y hasta a cierto escándalo (que se robaron el original, que imprimieron una edición pirata...) para que Mosca Azul Editores, por fin cancele los meandros de la espera: la nave de Ulises enrumba decidida y las sirenas empiezan a escucharse.

Pero el lector, casi desde el comienzo, se preguntará: ¿por qué "Canto de sirena"? El propio Martínez, a través de sus declaraciones, ha intentado develar en parte la ambigüedad de dicho título, aunque no, para circunscribir sus sugerencias, sino más bien para explayarlas. En primer lugar, ha insistido en la pertinencia de dos de los epígrafes del volumen: "Esto no es una historia, es un canto: en octubre, mes de los zorros, cantan las sirenas", y "El aullido de las zorras en celo que vagan sin descanso en las noches de octubre no deja escuchar el canto de las sirenas que brota de la mar".

A la luz de estos epígrafes, la obra de Martínez se define primordialmente como un canto, puesto que, para él la narrativa nunca ha dejado de ser otra cosa que poesía (canto épico) y que, más específicamente, la novela carece de reglas estrictas y de morfología definida. Es cierto que *Canto de sirena* cobija un argumento probable, del cual tenemos vértebras dispersas y nada más; su centro vendría a ser la biografía del narrador Candelario Navarro o, en todo caso, la historia de Coyungo (esa "cuchilla de tierra y monte, encajonada entre cerros, partida a todo lo largo por el río, un río sinuoso que recibe todas las aguas de todos los ríos y riachuelos de Palpa y Nasca, y que se llama Río Grande, pero que en Coyungo nadie lo llama así sino simplemente el río de Coyungo... Por donde se lo mire, Coyungo es únicamente un filo de tierra arrimado a cada orilla del río, más arriba sólo hay la arena muerta, los médanos, los cerros altos que llegan hasta el mar", pp. 91-92). Pero Martínez no ha deseado que madure el relato como tal: "Debo aclarar que *Canto de sirena* no es la biografía de Candico, sino, más bien, los grandes discursos que daba sentado en los troncos para explicarse la realidad; o sea, daba su propia visión -basada en experiencias, supersticiones y creencias- y la contraoponía a la visión que él recibía de la radio, el periódico, la canción, la Biblia". (DOMINICAL de "El Comercio", 20-11-1977).

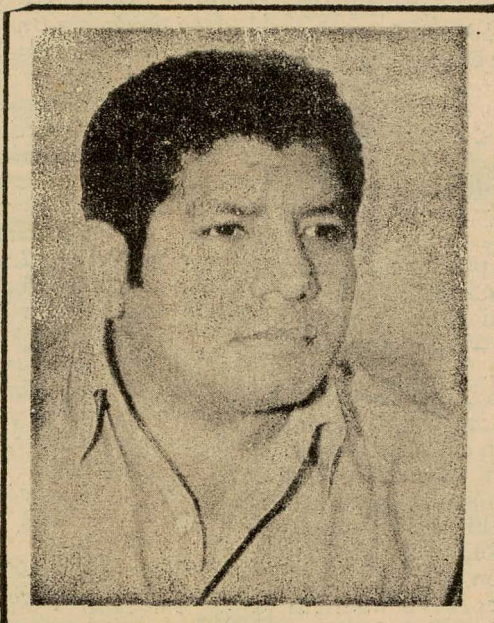
Interesado en auscultar las raíces de su existencia (nació en Coyungo, en 1942) y asumir lo popular (juzga que la literatura tiene un poder ideológico acorde a la posición clasista adoptada; junto con el grupo de la revista "Narración" ha realizado un balance lapidario de la narrativa peruana que descuida la adopción de una nítida perspectiva revolucionaria) Martínez ha acudido a un hombre singular que puebla su imaginación desde la infancia: Candelario Navarro -Candico- (alguno pariente suyo, porque el apellido ma-

terno de Gregorio Martínez es Navarro). Comprendemos su deslumbramiento: Candico calza a las mil maravillas con su deseo de "buscar en la creatividad verbal del pueblo los procedimientos discursivos que puedan reemplazar a las técnicas narrativas cosmopolitas que ya resultan obsoletas, gratuitas o puramente lúdicas en el mejor de los casos" ("Suceso", 21-VIII-1977), ya que este moreno de 82 años de edad no sólo es sorprendente por su vitalidad y desenfado sino, sobre todo, por constituir a la vez un aeda, un orador y un filósofo en estado natural: un habitante de la palabra anterior a Homero, a Hesíodo y a

Parménides, cuando las fronteras de la poesía coinciden con las de la cultura.

Es necesario, sin embargo, algunas puntualizaciones: la creatividad verbal de Candico es una expresión discutible del habla popular, ya que parece provenir de un destino insular. El mismo Candelario se describe "apartado de la gente, como un apestado, como un maldecido" (p. 40); los lugareños le confieren rasgos mágicos y cierta comunicación secreta con los antiguos peruanos (Candico trabajó en excavaciones dirigidas por Julio C. Tello), denigran su sabrosa y vivaz plás-

Gregorio Martínez



tica: "dicen que todo el tiempo me han visto en el tambo hablando mentiras, llenándole a la gente la cabeza de embustes, abriéndoles los oídos a los muchachos que entran a comprar" (p.89). Este "sino", al parecer, estaba previsto por las condiciones insólitas de su nacimiento (a la intemperie, como si no fuera "cristiano") y antecedido por el hablar y costumbres de su madre que "no se avenía a la manera corriente... Oyéndola a veces uno se quedaba orillando el río, peor cuando se le daba por hablar en verso, o cuando comenzaba a hilvanar una punta de refranes de la época de la esclavitud" (p. 52).

Por otra parte, Martínez parece olvidar que muchas de las "técnicas cosmopolitas" que menciona han brotado de un afán de superar la escritura "burguesa" o la "mentalidad occidental", y nos remiten a conceptos más o menos míticos -órficos- de la poesía.

La recreación que hace de los discursos de Candico tiene varios antecedentes notables en Cabrera Infante, Rulfo, García Márquez, Fernando del Paso, etc.

Y decimos todo esto porque estamos dándole vueltas a las reflexiones que ha hecho Martínez para explicar su interés por la visión del mundo que expone Candelario. Según el autor de *Tierra de caléndula* y *Canto de sirena*, se trata de presentar un personaje que "asume la cultura popular con suficiente fuerza y trascendencia como para enfrentarse y rechazar la cultura occidental": la ideología burguesa dominante aullaría como las zorras para impedir que se escuche este canto popular, y optaría por tachar de mentiroso y pernicioso dicho "canto de sirena". Lo curioso es que los pobladores de Coyungo también consideran demasiado fantasioso a Candico (quien es sumamente hiperbólico y reiterativo, características que Martínez debió controlar en su libro y no dejar que se resienta con tanta reiteración, con tanto exceso).

¿Será que el "canto de sirena" tampoco es debidamente escuchado por el pueblo, a pesar de que lo expresa?

Tal vez estas "contradicciones" broten no tanto del personaje escogido, como del hecho de que Martínez haya utilizado los discursos de Candelario y los haya programado de acuerdo a determinada posición ideológica, que existe probablemente en germen (o en neblina) en el poblador de Coyungo pero que no es clara ni consecuente. Martínez ha desarrollado su propio discurso, cortando y recortando a Candico y, su canto de autor se vuelve especialmente notorio en los títulos y epígrafes. De tal manera que esta vez Ulises no se contentó con amarrarse al mástil y escuchar a la sirena, sino que le prestó su aliento.